

Política de enseñanza e investigación en Ciencias Sociales en América Latina

LUIS I. RAMALLO, OMAR ARGÜELLO
y AYRTON FAUSTO

Esta reunión es una invitación a reflexionar sobre algunos aspectos de la actividad académica en ciencias sociales que con creciente frecuencia se formulan hoy. Relevancia, inserción en procesos históricos, interdisciplinarismo, superación de la dependencia cultural y científica, etcétera, son conceptos aceptados hoy como parte de nuestra problemática.

Más en concreto pretendemos avanzar en la comprensión de la política que los científicos sociales, agrupados en equipos y en instituciones académicas, adoptan frente a estos problemas. Es claro que dicha reflexión solamente puede hacerse sobre la actividad concreta. La finalidad de este trabajo es dar algunas dimensiones elementales abstractas que puedan ayudar a vencer la resistencia que con frecuencia se opone al análisis de la racionalidad implícita en las tareas de enseñanza e investigación con referencia a las condiciones de existencia de América Latina.

La paradoja de lo "ordinario" y lo "científico"

El análisis de la racionalidad de las ciencias sociales tal como hoy encarnan en nosotros tiene que superar y absorber, para tener éxito, múltiples paradojas que se mantienen las más de las veces en estado latente y que solamente asoman para solicitar de nosotros una adhesión unilateral a alguno de sus extremos contradictorios.

En efecto, aun entre aquellos que aceptan como natural el que la actividad científica tiene una relación insoslayable con las condiciones comunes de existencia, hay algunos que en la práctica argumentan que esta relación, desde el punto de vista de la ciencia, es prácticamente unidireccional dado que el esclarecimiento de las condiciones de existencia es el resultado de la aplicación a ellas de las conclusiones a que llegan las ciencias sociales y que, por tanto, es poco útil (por no decir distractivo y con-

traproducente) preguntarnos si la actividad científica misma acusa o no el impacto de estas condiciones. Según ellos, tendría sentido reflexionar sobre el grado de pureza de nuestra racionalidad (en comparación, por ejemplo, con los niveles más altos que se han alcanzado); asimismo tendría sentido preguntarse sobre las condiciones más adecuadas para la “aplicación” de los resultados del conocimiento científico al esclarecimiento de las condiciones de existencia; pero cualquier esfuerzo por hacer entrar en el *planteo* mismo de la opción científica y en la planificación de sus prioridades, métodos y técnicas a una pretendida “situación objetiva”, estaría condenado a desvirtuar la actividad científica, introduciendo en ella un incontrolable determinismo ideológico.¹

De esta línea de argumentación hay que rescatar, sin duda, la afirmación de que el conocimiento científico representa siempre una ruptura con respecto a las construcciones del conocimiento ordinario. Asimismo es cierto que el avance exitoso de los procesos del conocimiento científico dan lugar siempre a múltiples aplicaciones que enriquecen las posibilidades de opción y control de las condiciones de existencia. Sin embargo, es evidente que este enfoque deja de lado otra serie de argumentos igualmente sólidos. El proceso de ruptura que caracteriza al conocimiento científico mantiene una constante relación con aquello con que se quiere romper, es decir con el conocimiento ordinario. Y esto en un doble sentido: la “ruptura” *nace* de una cierta apreciación crítica del conocimiento ordinario y, a su vez, el proceso de avance que sigue a la ruptura no está nunca inmune al efecto seductor de algunos factores, implícitos en las formulaciones del conocimiento ordinario que se filtran al interior del discurso científico. Si es imposible establecer un área de conocimiento científico que no esté basada en la revelación de un área de error nacida del conocimiento ordinario, tampoco es posible que el proceso del conocimiento científico mantenga su pureza sin una constante polémica con la lógica implícita en todo error sistematizado.

La paradoja consiste por tanto, en que los esfuerzos por establecer áreas de conocimiento científico tienen como meta la ruptura con el conocimiento ordinario mientras que a la vez pueden alcanzar esta meta solamente manteniendo una relación polémica con este mismo conocimiento que es un elemento funcional de las condiciones comunes de existencia. No es, por tanto, factible llevar el argumento en favor de la “autonomía de la ciencia” hasta el extremo de ignorar su inevitable involucramiento en el conocimiento ordinario y, por tanto, en las condiciones de existencia a quienes este conocimiento sirve.

Bastaría recordar, para ilustrar esta paradoja, tanto la servidumbre dogmática que sobreviene al no cuestionar los presupuestos de una tra-

dición científica cualquiera como la servidumbre pragmática a que lleva el no cuestionar las condiciones de aplicabilidad de un método consagrado.

Todas estas consideraciones son especialmente relevantes en el caso de las ciencias sociales. En primer lugar, su objeto de estudio atañe aspectos de la existencia humana cuyo conocimiento ordinario está basado en una lógica especialmente enmarañada y rígida inmersa muchas veces en estructuras inconscientes y en los contrafuertes más camuflados de los sistemas de dominación. En segundo lugar, su desarrollo histórico derivado de la filosofía y el ensayismo, el uso casi exclusivo que hacen de formulaciones verbales, las deja muchas veces inermes ante el contenido ideológico que se resiste a la ruptura y dificulta la validación. Finalmente, el uso que se hace de sus conclusiones (incluso las mejor construidas) es constantemente pervertido o impedido por las prácticas sociales que si aceptaran su validez quedarían desprovistas de su pretendido fundamento racional.

En el caso de América Latina se añade a todo lo anterior la dificultad adicional de la dependencia cultural con respecto a los avances de estas ciencias en otros contextos que lleva con frecuencia a muchos académicos a forzar sus construcciones hasta extremos caricaturescos y, en el peor de los casos, a reforzar con ellos los esquemas de dependencia económica y política.

Política y tecno-política

Si todos estuviéramos de acuerdo en que la problemática enunciada (incluyendo sus aspectos paradójicos) está ya suficientemente controlada en nuestra práctica científica, podríamos desde luego concentrar nuestros esfuerzos de reflexión en la selección de los medios más adecuados y la movilización y creación de recursos humanos para avanzar esta práctica desde los puntos de vista de un mayor ajuste teórico o de una depuración de nuestros métodos y técnicas.

Creemos, sin embargo, que estamos muy lejos de un estado de cosas tan ideal. Y, por tanto, que cualquier examen de la política de adiestramiento e investigación en ciencias sociales para América Latina tiene hoy que prestar atención preferente a las modalidades de inserción de esta actividad académica en la práctica social. No podemos conformarnos con examinar el número, la distribución geográfica y la calidad temática de los programas de trabajo con referencia a criterios internos a la ciencia o por comparación con la tradición científica y el trabajo de nuestros colegas de otras regiones. No basta siquiera hacer referencia en este examen a las "necesidades sociales" concebidas como objeto de estudio o a los planes de desarrollo de los gobiernos entendidos como pauta de acción que requiera del esclarecimiento instrumental de algunos aspectos relativos a la

factibilidad. Todo esto sería ineficaz si no estuviera basado en un cuestionamiento de nuestra actividad misma como nacida de la práctica social y, a la vez, orientada hacia esta misma práctica. Para nosotros, el campo más propio para la elaboración de una política es precisamente el espacio que se abre a la actividad científica *una vez que se comprende* su origen en la práctica social dada y se hace a la par consciente su destino hacia la racionalización de esta misma práctica.

Al hablar, por tanto, de *política* queremos entender algo distinto de la tecno-política. No se trata de arbitrar principios y reglas para la aplicación de procedimientos y recursos científicos incuestionables al estudio de objetos sociales incuestionados. Se trata más bien de establecer un mínimo, al menos, de claridad en los aspectos no científicos de la actividad científica misma para evitar que su determinismo latente termine siendo el factor más decisivo en la organización de la actividad, en la determinación de objetivos, en la selección y elaboración de explicaciones teóricas, en la adopción de estrategias metodológicas y en el uso de herramientas técnicas. Si esto parece una tarea excesivamente negativa o prolegoménica, sólo cabe añadir que, si se comprende en todo su sentido, expresa más bien la condición esencial y permanente de todo discurso científico que solamente es válido en la medida que polemiza con el error.²

Por otro lado, una vez asumida la paradoja implícita en esta concepción de la actividad científica, tiene desde luego sentido considerar los aspectos técnicos e instrumentales de una política científica. A continuación exponemos algunas líneas a nuestro parecer fundamentales de tecno-política consistentes con la premisa que hemos intentado defender.

El "producto" del adiestramiento en Ciencias Sociales

Una primera conclusión de las consideraciones anteriores se refiere al tipo de "producto" que deberíamos esperar de nuestros programas de adiestramiento. Si bien es cierto que las condiciones objetivas de América Latina exigen un creciente número de profesionales dedicados al esclarecimiento de sus determinaciones sociales hay que guardarse de deducir de ahí que lo que hace falta es un mayor número de "profesionales de las ciencias sociales". Esta formulación es algo más que ambigua: lleva latente el error de pensar que las ciencias sociales son de tal naturaleza que una mera transmisión del conocimiento codificado y de los métodos y técnicas establecidos puede dar al futuro profesional un armamento adecuado para su trabajo. Sería más correcto decir que el esclarecimiento de las condiciones objetivas necesita de un mayor número de *investigadores* profesionales. Y que, por tanto, el objetivo de los programas de adiestramiento debe ser la iniciación de los candidatos a la práctica científica al interior

de la práctica social en la que necesariamente están inscritos y contra cuyas interpretaciones “ordinarias” deben polemizar. No se trata, por tanto, de cualquier tipo de investigador (por ejemplo un profesional capaz de “replificar” esquemas existentes de investigación), sino de un investigador capaz de encontrar las construcciones teóricas adecuadas a las condiciones objetivas y de aplicar empíricamente estas construcciones al esclarecimiento de coyunturas específicas de la práctica social. Investigadores, por tanto, de la práctica social más que profesionales de la ciencia social.

La concretización de una política de adiestramiento en ciencias sociales debe consistir, por tanto, en arbitrar medios y experimentos evaluables que contribuyan a la *enseñanza de la investigación social*.

La sociedad objeto y objetivo

La superación del dualismo enseñanza-investigación se manifiesta como algo más profundo que una táctica de adiestramiento. Se debe enseñar a investigar la sociedad porque su conocimiento adecuado no puede nunca deducirse de las formulaciones acumuladas en la tradición científica. Lejos de proponer con esto una posición prescindente con respecto a la tradición teórica, queremos simplemente recalcar la importancia decisiva que los “problemas sociales” específicos deben tener en la determinación de la práctica científica. Y esto por dos razones: primeramente la naturaleza cambiante de los procesos sociales es un constante reto a las formulaciones establecidas; en segundo lugar, a la hora de la validación empírica, la problemática concreta es la piedra de toque que, en última instancia, otorga validez a las construcciones teóricas, a los métodos y a las técnicas. La teoría social tiene solamente una relativa autonomía dentro del campo de la práctica social, y esta autonomía relativa tiene que ganarse en una lucha constante contra la ideología que domina en la práctica social. Mientras esta lucha no logre progresos sustanciales, la actividad científica estará transida de contradicciones.³ La sociedad no puede constituirse en objeto sino en el contexto de los objetivos que respecto a ella se manifiestan en la práctica social y que incluyen como elementos de racionalización tanto conocimientos como “desconocimientos” legitimados.

Se sigue de esto que un elemento clave en el establecimiento de una política de investigación es el esfuerzo por salvaguardar la coherencia entre los componentes teóricos, metodológicos y técnicos entre sí y con respecto a la práctica social. Dado que en esta tarea el elemento dominante es el teórico, hay que notar que es precisamente ahí donde la ignorancia sistemática del sentido de la práctica social ha causado estragos más perniciosos. Si las ciencias sociales son hoy un conjunto de “conocimientos” eminentemente ideológicos es porque fundamentalmente la teoría social

ha venido a ser un discurso legitimador de la práctica más poderosa en cada sociedad. Esto, a su vez, indica que la mera aceptación de la relación entre objeto y objetivo no garantiza el que se llegue a establecer un discurso teórico realmente científico. Son tantos los factores inhibidores que el presunto científico social encuentra en sus propios objetivos al interior de la práctica social que muy raras veces le es permitido abrirse un campo en que establecer una práctica teórica relativamente autónoma. El tipo de socialización en que ha fraguado su práctica le empuja a justificar los “desconocimientos” que esa socialización implica más que a establecer conocimientos que pueden llegar a “crearle problemas”.

No es posible evitar, por tanto, si se quiere realmente llegar a encarnar la posibilidad de una política, lo que Bourdieu *et al.* llaman el “psico-socio-análisis de la actividad científica”.⁴

El objeto y las disciplinas

Las consideraciones avanzadas hasta ahora se refieren en gran parte a las características de la práctica sociológica desde el punto de vista de los procesos mismos de investigación. Es posible, asimismo, llegar a conclusiones semejantes si llevamos nuestro análisis al terreno de la organización de la actividad científica.

Debe ser claro que el objeto de las ciencias sociales es más un objeto unitario (que se presta, desde luego, a diversos niveles de análisis) que una multiplicidad de objetos inconexos. Por otro lado se ha impuesto en la organización de la actividad científica una división del trabajo que se refleja en esfuerzos disciplinarios con una gran autonomía de acción. La situación es paradójal en extremo. No es aquí el lugar para intentar reconstruir la historia de esta mal avenida familia. Tiene unas débiles raíces filosóficas poderosamente reforzadas por una combinación de intereses burocráticos y de intereses ideológicos.

En forma semejante a lo que ocurre en el caso de la relación entre ciencia y práctica, muy pocos son los científicos sociales que hoy adoptan frente a las “disciplinas” una posición irreductiblemente “purista”. En realidad (con la excepción de algunos casos en que oprimen en forma aberrante los intereses burocráticos) no hay quien no acepte la doctrina de la “interdisciplinariedad en ciencias sociales”. En realidad esta doctrina es repetida en forma tan persistente y tan poco crítica que cabe esperar en ella un sustrato ideológico bastante predominante.

En efecto, los argumentos “interdisciplinarios” suelen tomar la forma de postular la necesidad de enfocar cualquier objeto de investigación social desde varios puntos de vista que reflejan las perspectivas de las varias disciplinas establecidas. De ahí se pasa a postular la necesidad de “equipos

multidisciplinarios”, lo cual, a su vez, introduce necesidades administrativas y burocráticas nuevas. Y estas nuevas necesidades pasan luego a institucionalizar actividades comunes que fundamentalmente consisten en poner los datos de una disciplina con referencia a un objeto a la disposición de representantes de otras disciplinas interesados en el mismo objeto. Si hay acuerdo entre los participantes en concebir a los datos como “respuestas” el proceso lleva lógicamente a la elaboración de reconstrucciones compuestas en que no se supera la yuxtaposición.

Estas tendencias burocráticas, desde luego, terminan por demostrar un fallo en la base del proceso: en realidad se trata de un espejismo fundado en la ilusión de que se está estudiando un único objeto cuando esta unidad aparente no tiene base científica sino solamente “de sentido común” y, por tanto, los datos aportados por las varias disciplinas responden a preguntas teóricas diferentes que no permiten la continuación de un diálogo significativo. En realidad, los datos no constituyen (si están bien contruidos) respuestas al sentido común sino nuevas preguntas dentro del universo teórico que los generó. Al no ser común ese universo teórico, el diálogo interdisciplinario es un diálogo de sordos desde el punto de vista científico, por más que pueda resultar eufórico desde el punto de vista administrativo y generar una afluencia de recursos financieros en base a su calidad como espectáculo.

Dado que el movimiento interdisciplinario tiene la virtud fundamental de revelar lo inadecuado de los enfoques disciplinarios tradicionales, es importante reflexionar sobre el punto en que parece perder su eficacia y degenerar. Resulta obvio que este punto fatal se encuentra en la poca atención prestada a la constitución teórica del objeto de estudio común. El problema reside no tanto en la dificultad de armonizar puntos de vista cuanto en la falla de precisar teóricamente lo que se pretende ver.

Hay que reconocer la inmensa dificultad que representa, en lo concreto, la superación de la falla señalada. No basta refugiarse en la excusa muy real que representa la carencia de una teoría social unitaria suficientemente elaborada. Se puede, sin embargo, avanzar (al margen de las lamentaciones) en un doble sentido: primero estudiar las condiciones socio-históricas que motivaron el establecimiento de las disciplinas separadas para revelar así su lastre ideológico; a la vez insistir, como paso previo al intercambio de “datos”, en el esfuerzo de conceptualizar adecuadamente los problemas sociales que se quiere investigar rompiendo con los estereotipos en que pretende enmarcarlos el conocimiento ordinario. Este esfuerzo podría tener como resultado el establecimiento de niveles de objetivación en la conceptualización de cada “problema” que permitieran una necesaria división del trabajo dentro de marcos de referencia sólidos y comunes.

Algunos dilemas falsos.

Parte esencial del trabajo en la formulación de políticas adecuadas reside en la eliminación de dilemas que se nos aparecen como muy relevantes pero que quizás carezcan en realidad de peso al ser examinados críticamente. Algunos ejemplos obvios.

1. Hay una tendencia en América Latina hoy a pensar que la adopción de un punto de vista que privilegie en nuestra práctica científica la problemática *nuestra*, puede entrar en conflicto con el carácter "universal" de la ciencia. Esta posible contradicción interna se manifiesta a veces en una sobre-determinación de las expresiones que usamos al plantear nuestras opciones. Se considera tan heroico el romper con la dependencia cultural que levantamos una bandera regional o nacional que nos deja con frecuencia a merced de los vientos prevalentes en la lucha específicamente política por la emancipación. Es notable la forma en que las ópticas teóricas en ciencias sociales en América Latina son eco de las tendencias imperantes en la política. Cuando prevalecía el modelo de emancipación económica en términos de "sustitución de importaciones" surgió un gran número de estudios sociales relativos a la integración nacional. Al aparecer como alternativa la lucha armada, se propuso como esquema de la interpretación social la teoría de la dependencia en sus primeras derivaciones. Al aparecer luego la importancia de las modalidades locales de desarrollo capitalista dependiente y su contrapartida de fortalecimiento de movimientos populares, se comenzó a privilegiar el análisis coyuntural comparativo de sociedades concretas. Estos momentos de la historia de las ideas sociales representan, es cierto, sucesivas superaciones; pero van, evidentemente, a la zaga de las tendencias políticas imperantes. Un momento de reflexión serena nos podría revelar que el proceso de constitución de la ciencia social ha tomado siempre su punto de partida en los esfuerzos por transformar situaciones sociales comunes en problemas científicos: cuando estos esfuerzos tienen éxito la contribución tiene siempre carácter universal. Y lo que le da este carácter es precisamente la revelación de la naturaleza *integrada* del objeto fundamental de las ciencias sociales.⁵

2. Aparece también como poco interesante la discusión entre los méritos relativos de la ciencia social "pura" y la "aplicada". El aceptar una discusión en estos términos exige el argumentar en favor de la preponderancia de uno de los dos extremos. Sin embargo, una opción de este tipo no puede menos que ser ideológica si aceptamos que la tarea esencial de la ciencia social es ir revelando la naturaleza integrada del objeto. Esta revelación no puede hacerse sino en términos del análisis de situaciones concretas; pero a la vez si este análisis es exitoso contribuye por eso mismo al esclarecimiento de la naturaleza de "lo social". Dado que muchas de las

consideraciones avanzadas más arriba han privilegiado la formulación del problema básico de la política en términos precisamente de este dilema entre “puro” y “aplicado”, no vale la pena extenderse aquí mucho en ello. Solamente, de paso, notar cómo las varias manifestaciones de tendencias aislacionistas en la práctica científica y en la ideología que la sirve, tienen siempre una raíz única común.

3. Más insidioso y enmarañado es el dilema entre “pluralismo” y “sectarismo”. Se argumenta a veces que solamente el mantener un absoluto neutralismo frente a la constitución de objetos científicos puede ser expresión de la libertad académica que ha sido siempre la condición esencial del progreso de las ciencias. Cualquier opción que privilegie una política científica sobre otra es necesariamente “sectaria”. Dos consideraciones son suficientes para mostrar la inanidad de este planteo. Supone, en primer lugar, que es posible una opción sin opción. Dado que hay que realizar de alguna manera la actividad científica, es un mero ejercicio verbal proclamar que esto se hace “pluralistamente”: de hecho habrá siempre una opción dado que la actividad concreta no puede emprenderse en forma que abarque todas las opciones posibles. En segundo lugar, el estudio del desarrollo de toda ciencia nos muestra que el progreso nace siempre de opciones, muy concretas y, las más de las veces, arriesgadas. Quizás el malentendido nace de confundir la necesidad de mantener siempre abierto el espíritu crítico y la receptividad a la evidencia en el *proceso* de la investigación, con la carencia de opciones básicas en la óptica elegida para encaminar el proceso. Es cierto que la ciencia, por su misma naturaleza, es contraria al dogmatismo que se cierra a la evidencia o que favorece la mantención indefinida y voluntarista de proposiciones para las cuales no puede lograrse confirmación; pero esto no quiere decir que no haya opciones drásticas en cuanto a marcos teóricos, métodos y técnicas. En verdad, el mismo ejercicio del “pluralismo” en la verificación exige como pre-requisito que haya algo que verificar, y este algo no puede ser amorfo ni plural. Ignorar estos argumentos lleva consigo en verdad a que las opciones dogmáticas permanezcan implícitas y que sea de hecho imposible ejercer la apertura crítica con relación al proceso de investigación. El pluralismo “de entrada” es el mejor refugio para toda suerte de dogmatismos.

La práctica científica en ciencias sociales está asediada hoy por una multitud de enemigos insidiosos. Nuestro problema no es ni los errores que se hayan filtrado en nuestras conclusiones y datos ni la extrema complejidad de la tarea dentro de los marcos institucionales. El problema es una cierta inercia para ejercer el psico-socio-análisis de nuestra misma actividad. Las sollicitaciones de nuestros “amigos” (que querrían vernos convertidos en profetas de la revolución) los ataques de nuestros “ene-

migos” que impiden el funcionamiento institucional, las intromisiones no-científicas que llevan consigo los contactos con científicos de otras sociedades, las tendencias paleográficas y el culto a la tradición histórica de la ciencia, la excesiva prisa por ocupar un lugar en la nueva élite tecnocrática dedicada a la planificación: todas estas y otras *distracciones poderosas* son la mejor razón para instaurar en nuestra política científica una vigilancia hacia adentro y hacia afuera que nos permita avanzar.

¹ Afortunadamente han desaparecido del ámbito de las ciencias sociales en América Latina los pronunciamientos “puristas” en que se postulaba como condición a priori de la ciencia una separación tajante entre actividad científica y situación común. Los argumentos de O. Varsavsky (p.ej.: *Ciencia, cientificismo y política en la Argentina*, mimeo ELAS-FLACSO, 1970) ciertamente son aceptados hoy en principio por los científicos sociales. El problema no se da, por tanto, a nivel de un cientificismo *burdo*, sino en razón de la permanencia, en nuestra práctica, de elementos esenciales de la posición “purista”. No basta con investigar “la realidad nacional” en vez de “replicar experimentos”.

² Es en este sentido que G. Bachelard, en su análisis del espíritu científico, propone su principio de “la primacía teórica del error sobre la verdad”

³ Estas contradicciones, al ser sentidas en la práctica, no dejan de ser dolorosas y desconcertantes. En el fondo se toca aquí el problema de las opciones políticas del investigador. Así asume M. Castells el problema: “Pero la aceptación de la necesidad de dichas contradicciones es relativamente fácil si, en lugar de afirmarse en la justificación pequeñoburguesa de las posturas individuales, se reconoce y asume la definición de la actividad personal como mero componente, escasamente controlado, de una serie de procesos, a través de los efectos, parciales, limitados, inidentificables, producidos a corto o largo plazo en la práctica social, es decir, en la lucha de clases.” (M. Castells, en *Problemas de investigación en sociología urbana*, Madrid, Siglo XXI, de España, 1971, p. 14.)

⁴ Cfr. Bourdieu P., Chamboredon J. C. Passeron J. C., *Le Métier de Sociologue*, en la traducción de ELAS (1970), pp. 89-90.

⁵ La superación de los aspectos “foquistas” implícitos en algunas formulaciones de la teoría de la dependencia permiten ahora comprender que la estructura de la división internacional del trabajo envuelve el tema de los procesos de desarrollo dependiente y su superación como factor esencial para la comprensión de los procesos de los países centrales y de su etapa imperialista. El esclarecimiento, por tanto, de los modelos emergentes de desarrollo latinoamericano tiene así un valor evidentemente “universal”.